

octubre 1932

Sobre el tópicó del caciquismo

Cuando se pone uno en contacto con lo que se llama estrictamente la vida política, es decir, la de los partidos políticos, o sea la de los políticos que podríamos volver a llamar profesionales, candidatos a concejales, a diputados provinciales o a Cortes, aspirantes a cargos públicos, entonces es cuando se pierde la noción del sentido que pueden tener ciertas palabras de uso corriente en la vida civil pública. Tales son derecha o izquierda, progreso y reacción, revolución y desde luego republicano y monárquico. Hoy ya no sabemos a punto cierto lo que puedan significar republicanismó y monarquismó, aunque sepamos poco más o menos — más bien menos que más — lo que signifiquen república y monarquía. Que tampoco esto está muy claro. Mas por hoy me voy a ocupar un poco, en otro término, de nuestra jerga — que no es otra cosa — política profesionalista, cuyo sentido ha acabado por desvanecerse. Este es: caciquismo.

¿Qué quiere decir caciquismo, y qué cacique? Nunca lo he sabido muy bien, pero ahora peor que nunca. Fué Joaquín Costa el que a base de experiencias políticas personales — de fracasos — le dió nuevo vuelo a ese tópicó. Para él el cacique era acaso Camo. Y cuando hizo desde el Ateneo de Madrid aquella en un tiempo, famosa información sobre oligarquía y caciquismo, a que concurrimos más de una veintena de políticos de oficio y de otros que éramos publicistas fuimos dos: doña Emilia Pardo Bazán y yo los que tratamos de explicar, o sea de justificar, la necesidad del llamado caciquismo y de cómo es la organización verdaderamente popular — democrática — de un pueblo que no quiere, seguramente que por no poderlo, vacar al cuidado de su propio Gobierno y administración. De un pueblo que delega el manejo de sus intereses comunes porque no tiene ni el tiempo ni el conocimiento suficientes para ocuparse en ello.

Y tan profundamente está el público convencido de esto que se ha llegado a aquella distinción entre caciques buenos y caciques malos. Y son muchos, muchísimos los que creen que ciertos pueblos cuando no tienen cacique lo buscan o lo inventan y le fuerzan a serlo al primer desgraciado con quien topan. Y en muchas partes se hacen caciques — o mejor, los hacen — aquellos que son los únicos que sienten interés y gusto por la cosa pública. ¿Que es para lucrarse con ello? No siempre, ni mucho menos, pues no pocas veces el llamado caciquismo les arruina. ¿Que es afán de mando? Muchas veces de apariencia de mando.

«Al español no le interesa tanto mandar como aparentar que manda, no tanto presidir como ocupar el sillón presidencial». Así me decía hace años un sacerdote irlandés, que residió mucho tiempo en Salamanca, y que hoy es arzobispo en Filipinas. Y así es. Más que codicia o ambición les lleva a muchos a hacer de caciques la vanidad. A tal punto que ahora eso de que se multa al alcalde que, con su vara, va a presidir una procesión eclesiástica, ha de restar no pocas vocaciones a la Alcaldía, pues hay quien no aspira a ésta si no para presidir la procesión.



Sobre el t6pico del caciquismo, - 2

En eso de que los cacique de los pueblos rurales sean los usuarios, los mangoneadores, los que van a explotar a los dem6s, entra por mucho la leyenda; aunque en ello un cogollito de verdad. Y es una leyenda forjada por el otro equipo de caciques, por el otro turno, por los que aspiran a suceder y sustituir a los vigentes, que casi todos los que se distinguen por sus campa1as verbales contra el cacique, suelen ser los que aspiran a otro caciquismo.

En general en los tan mal conocidos pueblos rurales hay un n6cleo de hombres que son los que manejan la cosa p6blica y la manejan por ser los m6s activos, los m6s duchos, los m6s avisados, y otro n6cleo rival que forma la oposici6n y que trata de suplantarlos, y luego una masa informe, con mucho, la mayor1a, que no se sienten capaces de esto que se llama auto-gobierno. Y creer que esta masa puede llegar a gobernarse por medio de representantes que no sean unos u otros caciques, es desconocer la naturaleza humana. Es una de las m6s c6ndidas falacias de lo que se llama democracia. La cual fracasa mucho m6s que el liberalismo.

Ahora se da en el t6pico de declamar que el caciquismo es mon6rquico, que los tildados o motejados de caciques, los supuestos menzoneadores de las aldeas, son mon6rquicos. Pues bien, en general los hombres rurales que manejan los municipios, ni fueron ni son mon6rquicos, como tampoco son ni ser6n republicanos. Esto de monarquismo y republicanismo no es para ellos mentes realistas y sencillas — verdaderamente objetivas — nada que tenga sentido. Se arriman al que manda, sea quien fuere. Si cay6 la monarqu1a es porque toda esa parte de la poblaci6n no quer1a decir nada, como si llega a caer la Rep6blica ser6 porque tampoco 6sta les diga nada. Su concepci6n de la cosa p6blica es algo m6s hondo que la superficial1sima que se cela debajo de ese c6modo dilema de monarqu1a o Rep6blica. Esos hombres de la naturaleza rural no se dejan conover por el singular misticismo c6vico y laico de los mon6rquicos o de los republicanos de partido pol1tico. Los t6picos de 6stos — de unos y de otros — le dejan frios. Verdad que la pol1tica no es si no electorer1a.

MIGUEL DE UNAMUNO

[Publicado en periodicos de provincias, entre otros, en "El Norte de Castilla", Vol. 11, no. 412, Octubre 1932]



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA